



Peter Straub

LA GARGANTA

En 1950, en una apacible ciudad de Illinois se comete una serie de espantosos asesinatos sin móvil aparente. Su autor firma cada uno de los crímenes con las palabras «Rosa Azul». Las investigaciones sugieren que el presunto asesino se ha suicidado y el caso se archiva. Cuarenta años después se desata una nueva ola de asesinatos en escenarios y circunstancias similares. Rosa Azul ha regresado y el pánico cunde. Dos hombres emprenden una peligrosa indagación que los llevará a dilucidar los estremecedores pormenores del caso...

*A Ann Lauterbach
y Susan Straub*

A un ser sólo se le conmueve tocándolo en su punto vulnerable. En la mujer, está debajo del vestido; en el dios, en la garganta del animal que se le ofrenda en sacrificio.

George Bataille, *Guilty*

Me parece estar viendo mi clase de Vyra, las rosas azules del papel de la pared, la ventana abierta... Todo está como tiene que estar, nada cambiará y nadie morirá nunca.

Vladimir Nabokov, *Habla, memoria*

Agradecimientos

Deseo dar las gracias a todos los que me ayudaron con su intuición, inteligencia, consejos, experiencia y aliento: Charles Bernstein, Tom Nilo, Hap Beasley, Scott Hamilton, Warren Vaché, Lila Kalinich, Joe Haldeman, Eda Rak Neugebauer, mi hermano John Straub y a Laurie Bemstein, mi maravillosa correctora.

Primera Parte

**TIM UN-
DERHILL**

1

Podríamos decir que William Damrosch, alcohólico detective de Homicidios de Millhaven (Illinois), mi ciudad natal, murió para que este libro *no* se escribiera. Pero uno escribe lo que le viene a la cabeza, y después sigue viniéndole una y otra vez.

Escribí una novela titulada *El hombre dividido*, que trataba de los asesinatos de la ROSA AZUL y en la que Damrosch se llamaba Hal Esterhaz. Yo no hacía alusión alguna a mi relación con los asesinatos de la ROSA AZUL, pero esa relación era la razón por la que había sido escrito el libro. (Había también otra razón). Quería explicarme las cosas a mí mismo, para ver si podía abrirme paso hasta la verdad, manejando esa arma tan vieja que es la maltratada y vetusta espada de la narración...

Escribí *El hombre dividido* cuando, tras licenciarme del Ejército, me instalé en una pequeña habitación de las inmediaciones de Bang Luk, el mercado central de flores de Bangkok. En Vietnam, yo había matado a varias personas a distancia y a un hombre muy cerca, tan cerca que casi hubiera podido tocar su cara. En Bangkok, aquella cara volvía a mí una y otra vez mientras escribía y, adherido a ella como un enorme caracol marino a un barquichuelo, venía el otro Vietnam, el Vietnam de antes de mi niñez. Y, cuando empezó a volver a mí la niñez, perdí el control y me convertí en lo que caritativamente podría llamarse «un tipo pintoresco». Al cabo de aproximadamente un año de desmadre, recordé que había cumplido los treinta y tantos años, que ya no era un niño, que tenía una especie de vocación, y

empecé a recuperarme. Y es que, la segunda vez, la niñez es mucho más dolorosa, o menos soportable. Nadie es tan fuerte ni tan valiente como el niño que fue.

Más o menos un año después de restablecerme, regresé a América y acabé escribiendo un par de libros con un novelista llamado Peter Straub. Se titulaban *Koko* y *Misterio*, y quizás ustedes los hayan leído. No importa. Peter es un sujeto bastante simpático que vive en un caserón Victoriano de Connecticut, cerca de la bahía de Long Island. Tiene mujer y dos hijos y no sale mucho de su casa. El despacho de Peter, en el segundo piso de la casa, es tan grande como todo mi ático de Grand Street, y tanto el acondicionador de aire como la cadena de alta fidelidad funcionan.

A Peter le gustaba escuchar mis descripciones de Millhaven. Aquel lugar le fascinaba. Comprendía perfectamente lo que yo sentía. «En Millhaven nieva en pleno verano —le decía—. A veces, en Millhaven, las bandadas de ángeles tapan el cielo». Él me miraba sonriendo durante un par de minutos. Éstas son algunas de las cosas que yo le decía de Millhaven: una vez, cerca de la zona sur de la ciudad, una pandilla de chiquillos mató a un forastero, lo descuartizaron y enterraron los trozos al pie de un junípero, y después los trozos empezaron a llamarse unos a otros; una vez, un hombre viejo y rico violó a su hija y la tuvo prisionera en una habitación en la que ella deliraba y bebía, deliraba y bebía, sin recordar lo que le había ocurrido; una vez, los trozos del descuartizado, enterrados al pie del junípero, se llamaron con tanta insistencia que los niños volvieron a reunirlos; una vez, un muerto fue acusado de crímenes espantosos; y una vez, cuando los trozos del descuartizado se reunieron al pie del junípero, el hombre se levantó y empezó a hablar, vivo y en perfecto estado.

Peter y yo escribíamos acerca de un error cometido por la Policía de Millhaven y creído por todos los habitantes de la ciudad. Cuantas más cosas descubría yo, peor: porque yo, al igual que todos, suponía que William Damrosch se

había suicidado para impedirle a sí mismo seguir matando, o atormentado por los remordimientos y el horror de los crímenes que había cometido. Domrosch había dejado una nota en la mesa que había delante de su cadáver. Contenía dos palabras: ROSA AZUL.

Pero fue un error de interpretación, un error de imaginación. Lo que la mayoría de nosotros llamamos inteligencia es en realidad imaginación, simple imaginación, y actúa movida por simpatía. La Policía de Millhaven se había equivocado, y yo también. La Policía quería enterrar el caso por razones obvias y yo deseaba enterrarlo por mis propias razones.

Hace seis años que vivo en Nueva York. Cada dos meses aproximadamente, tomo el tren de la línea de New Haven en la estación Grand Central, me apeo en la parada de Greens Farms y me quedo charlando y bebiendo hasta tarde con Peter. Él bebe whisky de malta de veinticinco años, porque es de esa clase de tipos, y yo bebo soda. Su mujer y sus hijos duermen y la casa está en silencio. Veo estrellas por la ventana del tejado y siento sobre nuestras cabezas la bóveda negra de la noche, la inmensa oscuridad que envuelve la mitad del planeta. De vez en cuando, por la calle pasa un coche camino de Burying Hill Beach y Southport.

Koko describía algunas de las cosas que sucedieron a miembros de mi viejo pelotón durante la guerra y después de la guerra, y *Misterio* trataba de las repercusiones que tuvo, al cabo de mucho tiempo, un asesinato cometido en una localidad de Wisconsin. Situamos la novela en una isla del Caribe, porque la idea nos gustaba, pero Tom Pasmore, el protagonista (que aparecerá más adelante en estas páginas), era un hombre a quien yo conocí en Millhaven. Tom estaba relacionado con los asesinatos de la ROSA AZUL, de lo que se acusó a William Damrosch, y una gran parte de *Misterio* trata de cómo descubrió él esta relación.

Después de escribir *Misterio*, creí haber terminado con Damrosch, con Millhaven y con los crímenes de la ROSA AZUL. Entonces recibí una llamada de John Ransom, otro viejo conocido de Millhaven; en su vida habían cambiado muchas cosas y, por tanto, cambió también mi vida. John Ransom seguía viviendo en Millhaven. Su esposa había sido atacada y golpeada hasta quedar en coma, y su atacante había escrito en la pared, encima de su cuerpo, las palabras «ROSA AZUL».

2

Nunca conocí muy bien a John Ransom. Él vivía en una casa grande de la zona este y asistió a la escuela Brooks-Lowood. Yo vivía en Pigtown, en el límite del Valley, al sur del centro de Millhaven, a una manzana del hotel St. Alwyn, y estudiaba en el colegio Santo Sepulcro. Pero un poco le conocía, porque jugábamos de defensa en nuestros respectivos equipos de fútbol americano, que se enfrentaban dos veces al año. Ninguno de los dos equipos era muy bueno. Santo Sepulcro no era una escuela grande, pero Brooks-Lowood era francamente pequeña. Nosotros teníamos un centenar de alumnos en cada curso. Brooks-Lowood, unos treinta.

La primera vez que nos enfrentamos en un partido, John Ransom dijo: «Hola, chico». Hatajo de blandengues, pensé. Cuando empezó el juego, él se abalanzó sobre mí como un bulldozer, haciéndome retroceder por lo menos treinta centímetros. El delantero de Brooks-Lowood, un rubito presumido llamado Teddy Heppenstall, pasó por mi lado como una flecha. Cuando nos alineamos para el siguiente juego,

dije: «Vaya, pues hola, chico» y nos quedamos trabados por los hombros y los antebrazos, clavados en el sitio, mientras Teddy Heppenstall corría por el otro lado del campo. El partido me dejó magullado para toda la semana.

En noviembre, la escuela Santo Sepulcro organizaba una cena de la Asociación de Atletas Cristianos, a la que llamábamos «cena del fútbol». Era un acto para recaudar fondos que se celebraba en el sótano de la iglesia. La administración del colegio invitaba a atletas de todos los centros de enseñanza media de Millhaven a invertir diez dólares en hamburguesas, patatas, alubias fritas, ensalada de macarrones, ponche hawaiano y una charla sobre Cristo, el Gran Delantero, pronunciada por Mr. Schoonhaven, nuestro entrenador. Mr. Schoonhaven creía en el llamado «cristianismo muscular» y decía que, si a Jesús le hubieran dado un balón, habría derribado a todo el que se hubiese interpuesto entre él y la meta. Este Jesús se parecía muy poco a Teddy Heppenstall y nada en absoluto a la persona de mirada lánguida y un tanto afligida que mostraba un corazón incandescente en la chillona estampa colgada junto a las pesadas puertas de la iglesia.

Eran muy pocos los atletas de otras escuelas que asistían a las cenas del fútbol, aunque nunca faltaba un puñado de mocetones polacos de pelo cortado a cepillo del colegio de San Ignacio. Los de San Ignacio comían inclinados sobre el plato como enfurruñados por tener que reprimir hasta la temporada siguiente su necesidad colectiva de sacudir a alguien. A ellos les gustaba dar una impresión de *amenaza* y armonizaban perfectamente con el Jesús agresivo de Mr. Schoonhaven.

Durante la cena de clausura de la temporada en que John Ransom me había saludado y a continuación me había apartado del camino de Teddy Happenstall como si yo fuera una brizna, un chico alto y de complexión sólida entró en el sótano de la iglesia hacia el final de la primera parte de la cena, que tenía carácter informal. Al cabo de unos se-

gundos tendríamos que sentarnos y adoptar un aire solemne y juicioso. El recién llegado llevaba chaqueta deportiva de tweed, pantalón caqui, camisa blanca y corbata a rayas. Cogió una hamburguesa, no tomó judías ni macarrones, cogió un vaso de papel de ponche y se sentó a mi lado, antes de que yo pudiera reconocerle.

Mr. Schoonhaven se acercó al micrófono y se aclaró la garganta en el puño. Pareció que en el sótano se había disparado un arma de fuego. Hasta los delincuentes de San Ignacio se irguieron.

—¿Qué es un Evangelio? —vociferó Mr. Schoonhaven empezando, como de costumbre, sin preámbulos—. Un Evangelio es algo en lo que se puede creer. —Nos miró severamente y exclamó—: ¿Y qué es el fútbol? También es algo en lo que se puede creer.

—Así habla un auténtico entrenador —me susurró el forastero. Y entonces, por fin, reconocí a John Ransom.

El padre Vitale, nuestro profesor de trigonometría, contempló la mesa con el entrecejo fruncido, paseando entre los comensales la mirada hosca que deseaba dedicar a Mr. Schoonhaven, que era protestante y en ocasiones como aquélla no podía disimularlo.

—¿Y de qué tratan los Evangelios? De la salvación. El fútbol también trata de la salvación —dijo el entrenador—. Jesús nunca perdió el balón. Él ganó la final. Cada uno de nosotros, a su manera, tiene el deber de emularlo. ¿Qué hacemos nosotros cuando nos encontramos frente a la portería?

Yo saqué la pluma del bolsillo de mi camisa y escribí en una servilleta: «¿Qué haces aquí?». Ransom leyó mi pregunta, dio la vuelta al papel y escribió: «Creí que sería interesante». Yo alcé las cejas. «Sí: es interesante», escribió John Ransom en la servilleta.

Sentí una oleada de indignación ante la idea de que pudiera haber venido a hacer turismo a los barrios pobres. Para todos los demás, incluso para los hampones de San Ig-

nacio, el sótano de la iglesia, construido de bloques de cemento, era tan familiar como la cafetería de la propia escuela. En realidad, nuestra cafetería era casi idéntica al sótano de la iglesia. Yo había oído decir que en Brooks-Lowood los estudiantes eran atendidos por camareros y camareras y que en las mesas había manteles de lino y cubiertos de plata. Camareros auténticos. Cubiertos de plata auténticos. Entonces se me ocurrió algo. Escribí: «¿Eres católico?». Y le di con el codo en el brazo. Él miró el papel, sonrió y movió la cabeza en gesto de negación.

Naturalmente, era protestante.

«¿Y qué te parece?», pregunté.

«Estoy esperando averiguarlo», escribí.

Lo miré fijamente, pero él se volvió hacia Mr. Schoonhaven, que estaba diciendo a la multitud que el atleta cristiano tiene la obligación de salir al mundo a matar por Jesús. ¡Zumbar! ¡Sacudir! Porque eso era lo que Él quería que hiciésemos. ¡No tomar prisioneros!

John Ransom se inclinó hacia mí y susurró:

—Me gusta este hombre.

Sentí otra fría punzada de indignación. John Ransom se creía superior a nosotros.

Naturalmente, yo también me creía superior a Mr. Schoonhaven. Y superior al sótano de la iglesia, y no digamos a Santo Sepulcro y, por extensión, a las ocho manzanas que formaban nuestro barrio. La mayoría de mis compañeros acabarían trabajando en las fábricas de curtidos, de conservas, en las cervecerías y en los talleres de recauchutado de neumáticos que formaban la frontera entre nuestro barrio y el centro de Millhaven. Yo sabía que, si conseguía una beca, iría a la universidad; tenía el propósito de marcharme del barrio lo antes posible. No es que me disgustara el lugar en el que había nacido, pero lo que me gustaba de él era que yo había nacido allí y poco más.

Me irritaba que John Ransom hubiera irrumpido en mi barrio y oído las vulgaridades de Mr. Schoonhaven, e iba a

decirle algo desagradable cuando me di cuenta de que el padre Vitale se disponía a levantarse de la silla para golpearme en la nuca. El padre Vitale sabía que el hombre es pecador desde que sale del vientre materno y que la naturaleza, que fue atacada por el primer hombre, es miserable, como dice san Agustín. Yo incliné la cabeza y junté las manos delante del plato. John Ransom también había advertido que el viejo y hosco sacerdote se disponía a pegar y se sujetó a la mesa. El padre Vitale volvió a sentarse.

Debía de haber algo de envidia en mi irritación. John Ransom era un muchacho bastante bien parecido, según el gusto de una época en que se consideraba guapo a John Wayne, y gastaba ropa cara con naturalidad. Me había bastado una mirada para saber que John Ransom tenía armarios llenos de buenas chaquetas y trajes caros, y cajones repletos de camisas de tela fina y que incluso tenía su propio corbatero.

Mr. Schoonhaven se sentó, el párroco se levantó a rezar la oración y poco después la cena terminó. Todos los jugadores de fútbol y de béisbol de San Ignacio y Santo Sepulcro empezamos a dirigirnos hacia la escalera.

John Ransom me preguntó si no teníamos que llevar los platos a la cocina.

—No; ellas los llevarán —dije, señalando con un movimiento de cabeza a las mujeres de aspecto cansado, voluntarias de la parroquia, que estaban detrás de los bufetes. Ellas habían guisado para nosotros y la mayoría habían traído alubias y macarrones en fuentes de sus propias cocinas.

—¿Y tú cómo te has enterado de esto?

—Leí un anuncio en el tablero.

—Esto debe de ser muy distinto de Brooks-Lowood —dije.

—Ha estado bien —sonrió él—. Me ha gustado. Me ha gustado mucho.

Echamos a andar hacia la escalera, detrás de los otros chicos. Algunos le miraban por encima del hombro con sus-

picacia.

—¿Sabes, Tim? Me gustó jugar contra ti —dijo John Ransom sonriendo y tendiéndome la mano.

Yo me quedé mirando aquella mano un par de segundos, antes de estrecharla. En Santo Sepulcro los chicos no se daban la mano. Ninguna de las personas que yo conocía daba la mano para saludar, sino sólo cuando vendían un coche de segunda mano, para cerrar el trato.

—¿Te gusta ser defensa?

Sonreí y levanté la mirada de nuestras manos estrechadas para observar la expresión del padre Vitale y de algunas mujeres voluntarias. Tardé un momento en descifrarla. Me miraban con interés y con respeto, una combinación tan insólita en mi experiencia que podía considerarse excepcional. Comprendí que ni el padre Vitale ni las voluntarias habían tenido tratos con personas como John Ransom; ellos probablemente pensaban que él había venido desde la zona este sólo para darme la mano.

«No —quise protestar—, no es por mí». Finalmente lo había comprendido: Santo Sepulcro enviaba todos los años el anuncio de la cena de la Asociación de Atletas Cristianos a las demás escuelas de enseñanza media de la ciudad, y John Ransom era no sólo el primer alumno de Brooks-Lowood que asistía sino el único estudiante de toda la zona este que se había sentido interesado en la cena. Ésta era la razón: estaba interesado.

Cuando John Ransom y yo llegamos a las escaleras los otros chicos ya estaban arriba, en el vestíbulo de la iglesia. Yo les oía reírse de Mr. Schoonhaven. Entonces oí a Bill Byrne, un sujeto que pesaba casi ciento cincuenta kilos y era el central de los Bluebirds, decir algo acerca del «cochino turista» y, lo que era peor, «un maricón del Este que ha venido a chupársela a Underhill». Se produjo un estallido de risa soez. Era sólo una muestra de hostilidad gratuita e impersonal, pero casi recé para que John Ransom no lo hubiera oído. No creía que a un muchacho como John Ran-